

Carlos Blanco

ICANA

Siglo X.

Todo el Sur de España está ocupado por los árabes. *Al Andalus*. Llevan 3 siglos. Córdoba, con casi un millón de habitantes, es la gran ciudad de las tres culturas. La *musulmana*, la *cristiana* y la *judía*, conviven y contribuyen con científicos, *médicos*, *teólogos*, *filósofos*, *matemáticos*, *narradores*, *poetas*, a que sea la gran luminaria intelectual de occidente. Se puede afirmar que, Al Andalus, ya ha dejado atrás la Edad Media.

Donde sigue la Edad Media es en el norte.

En los Picos de Europa, en la vertiente de León, vive Ioana con su padre, viudo, médico rural. Ioana le ayuda vestida de chico porque está prohibido que una mujer ayude a un médico. Y un día sufre Ioana la mayor conmoción de su vida. Se enamora.

Se enamora de un desconocido, que se desploma ante sus ojos cayendo sin sentido del caballo.

Jamás había sentido en su "yo" nada igual.

Su "yo" se alteró y, lo más grave, invadió de preguntas médicas a su padre, le mareó para saber por qué el hombre más bello que ha visto en su vida se desploma y se paraliza momentáneamente del lado izquierdo.

El padre le dice que es el hijo del Conde Saldaña, encarcelado por el Rey. La familia ha venido de Castilla a los Picos de Europa para estar cerca de él. El médico rural conoce a su hija y se da cuenta de la gran impresión que le ha producido y exclama, "¡No sueñes, Ioana, es el hijo de un Conde! ¡Y ese desmayo es por la altura de los Picos de Europa! ¡Están acostumbrados a la llanura de Castiella!"

Pero al estallido amoroso de Ioana no le importa que sea hijo de un Conde, ni que su padre la llame loca, ni que ella misma sepa que es un amor imposible, absurdo, ridículo. Ella sueña.

Y el ojo de la aprendiz de médico ha visto en el hermoso chico datos que la asustan. Por dos veces, delante de ella, ha caído brutalmente al suelo al perder el conocimiento. Ioana observa que sus pupilas no se defienden de la luz achicándose y deduce que tiene un tumor cerebral. Pero quiere tener la certeza y dónde está situado el tumor y si puede operarse. Pero Lain, que así se llama el hijo del Conde, sabe que está muy enfermo y trata de suicidarse. Ioana lo impide y Lain descubre que debajo del vestido de chico, hay una chica preciosa. La Condesa madre, antipática y muy segura de su clase superior, observa recelosa lo que ella cree simple amistad. Pero es más

profundo. Al menos, para Ioana. Quiere salvarle. Emprende viaje a Córdoba, donde ejerce la medicina Abulqasim, el gran médico del que aún se conservan tres ejemplares de su libro, que yo he visto, un libro lleno de experiencias de quirófano, con dibujos suyos, uno en El Escorial, otro en Oxford y otro en una Iglesia granadina. Ioana está segura de que Abulqasim la sacará de dudas.

En el viaje, en Sierra Morena, conoce a Al-Qali, poeta y lexicógrafo iraquí, que vino como maestro de árabe del Príncipe nacido en España, que entendía sólo el *romance*, la lengua *nativa* de los españoles. Y los dos, Ioana y Al-Qali, se salvan la vida mutuamente en situaciones peligrosas al ser atacados.

En la visita diaria que hace Abulqasim, rodeado de alumnos, a sus enfermos, al pararse en una cama, Abulqasim examina a sus alumnos preguntando por la clase de enfermedad que sufre. Nadie acierta. Pero una voz sale de la última fila y dice exactamente que enfermedad padece y cómo se cura.

Así se conocen Ioana y el gran médico árabe.

Ioana le dice al árabe quién es y por que ha venido a Córdoba. Cuenta avergonzada su enamoramiento con alguien imposible, muy superior a ella, y su diagnóstico, le cuenta los desmayos que ha visto, su parálisis momentánea del lado izquierdo, de cómo aguanta la luz del sol sin estrechar la pupila y su creencia de que tiene un tumor.

Abulqasim la escucha admirado de que una mujer y una mujer joven intuya así la medicina. Y está de acuerdo, tiene un tumor. Y, por los síntomas, mortal. Está en un sitio inoperable, pegado casi a la médula, en la base del cráneo. Abulqasim la ve palidecer y mirarle fijamente sin habla. Teme perderla como alumna. Pero después de unos días terribles, dice a Abulqasim que ella le operará, se someterá a todos los sacrificios que sean necesarios, adquirirá la habilidad en la yema de los dedos necesaria para manejar un bisturí enano que construirá ella misma para cortar el tumor. El médico árabe insiste en que es mortal e inoperable, "un mínimo tajo con el bisturí en la médula y, o lo matas o lo dejas paralítico". Pero Ioana está dispuesta a salvarle y le pide ayuda. Y Abulqasim la ve trabajar con enorme tesón, no duerme, no descansa, se sacrifica hasta rebasar todos los límites y va adquiriendo una habilidad en la punta de los dedos que asombra al árabe. Abulqasim le proporciona cadáveres (prohibido en las tres religiones) y Ioana practica con ellos a escondidas, en un sótano bajo la luz de la antorcha que sostiene el médico árabe.

Ioana vuelve feliz a los Picos de Europa. Y descubre a Violeta, prima de Lain. Y Lain le dice que está enamorado de ella "como un loco, Ioana, y quería decírtelo, vale más decirlo antes, ¿no te parece? ies

más leal!”.

Ioana vuelve a su casa herida de muerte. Se lo dice a su padre, “Hemos roto, Lain y yo”. “¡Claro, era algo absurdo, sin pies ni cabeza! ¡Pero si es hijo de un Conde, hija, estás loca! ..¿Pero le operarás?”, “No. Estoy muerta”.

Y vuelve a Córdoba. Pero deja de estudiar, deja de practicar con la yema de los dedos y se convence de que “está muerta”.

Un día recibe carta de su padre. El médico rural le dice que Lain se ha casado y que ha perdido la vista del ojo izquierdo, que “debes operarle, se quedará ciego. Tu obligación como médico es operarle. Es un paciente y basta”. Ioana le contesta tajante, “Estoy muerta”. Y el padre se presenta en Córdoba, “¡Es tu obligación!”. “Estoy muerta”. Interviene Abulqasim, “Es nuestra obligación, Ioana. Por eso existe el “juramento Hipocrático”. “Estoy muerta”.

Y Lain queda ciego.

“Son más frecuentes los desmayos. Morirá, Ioana”, “Estoy muerta”. Y Lain muere. Y Ioana se desploma.

Abandona Córdoba. Va a Toledo. Se refugia en la judería. No quiere vivir. Va degradándose. Vive como una pordiosera. De la prometidora médica no queda nada.

Pero un día encuentra llamando a su puerta a una mujer con un niño de la mano. Ioana la mira sin ganas y la mujer dice, “No nos conocemos. Pero te odio. Te mataría aquí mismo. Pero te necesito. En vez de escupirte, tengo que pedirte un favor. Y pedírtelo de rodillas si me obligas. Salva a mi hijo. No salvaste al padre, salva al hijo. Sí, es hijo de Lain. Soy su viuda. Tiene todos los síntomas de un tumor igual. Me lo dijo tu padre y me lo confirmó Abulqasim. Y me dijo que sólo tú puedes operarle”, calla mirándola.

Ioana mira al niño y enseguida ríe con burla, “¡Lo traes al sitio justo! ¿Quieres que lo mate? ¿Que lo mate como hice con su padre? ¿Quieres que yo me muera por segunda vez?”, la mira fija y añade, “¡Ya no sé ni coger el bisturí!” , abre le puerta, entra y la cierra en las narices de la viuda, que, inmediatamente, golpea la puerta para que vuelva a abrir gritando, “¡Abre! ¡Abulqasim dijo que me dirías eso! ¡Que no te hiciera caso!”. Ioana abre la puerta, “¡Abulqasim no me ha visto! ¡Mira..”, extiende la mano y la viuda ve su temblor, “¿Ves? ¿Pones la vida de tu hijo en estas manos?”. Duda la madre, pero exclama, “¡Va a morir de todas formas! ¡Y contigo hay una posibilidad, opérale”, “¡Estás loca!” y trata de cerrar por segunda vez

pero el pie de la viuda lo impide, "¡No cierres! ¡No pienso irme si no le operas! ¡Si alguna vez quisiste a Lain, hazlo por él, seguro que te lo agradecerá!", rompe a llorar "¡No quiero quedarme sola! ¡No me dejes sola!".

Y Ioana la mira rencorosa, "Tú me dejaste sola", "¡Lo sé", no deja de llorar la viuda, "y te pido perdón!"

Ioana la mira con fijeza. La ve llorar. Sigue mirándola. Se aparta, "Entra", dice. Y la viuda la mira ilusionada y entra.

Y nace también en Ioana una nueva ilusión, un reto donde está implicada la vida del hijo de Lain.

Y empieza a trabajarse, a adiestrarse de nuevo, a conseguirlo por segunda vez.

Al-Qali, el gramático y poeta, presencia el terrible esfuerzo, la salvaje voluntad de Ioana que deshace todas las barreras y llega donde se propone. Y una noche, practicando, Ioana tiene una idea, una idea revolucionaria, una idea simple, sencilla, pero que deja sin habla al gran médico. La idea es *no cortar* el tumor para sacarlo, simplemente *vaciarlo*. Vaciarlo de lo dañino, dejando sólo la cáscara. Esa misma cáscara impide que, en un descuido, el bisturí corte la médula. (Este método es del siglo XX, o sea que lo adelanto diez siglos y le doy el mérito a Ioana) También se respeta esa parte de cerebro que había que cortar para asegurarse de que no estuviese contaminado.

Y llega un día en que Ioana se considera preparada. Y cita al niño en el quirófano.

Comienza la operación.

Ioana trabaja sin una vacilación.

Raja la base del cráneo, separa los labios de la herida y descubre el tumor que, efectivamente, está casi pegado a la médula, igual que el de su padre.

Abulqasim sigue el ágil movimiento del bisturí sin respirar.

El padre, sorprendido, viendo operar a su hija.

La viuda metida en un rincón.

Al-Qali con una fe ciega en Ioana.

Ioana vacía el tumor. Rebaña la parte dañina, deja sólo la cáscara. Ni se ha acercado a la médula. Cose lo que ha abierto con el bisturí, la base del cráneo, y llama a la madre. "Aquí lo tienes. En realidad es hijo de Lain y mío. Lain le dio la mitad de su vida y yo acabo de darle la otra mitad".